

La literatura del exilio y los trabajos de las memorias: la vuelta a “el fuera de lugar”

FLIER, Patricia Graciela

CISH/IdIHCS/Universidad Nacional de La Plata
pflier@hotmail.com

La violencia política fue la nota distintiva de los años setenta en Argentina. Los debates, las disputas y los enfrentamientos ingresaron en una espiral sin límites que abrió las puertas a la más sangrienta de las dictaduras que asoló nuestro país. El terrorismo de Estado, que detentó y esgrimió una violencia inusitada para cumplir con un plan sistemático de exterminio, marcó a la sociedad dejando profundas heridas. En nuestro país, la desaparición de 30.000 argentinos -reclamada por los organismos de defensa de los Derechos Humanos-, cuatro mil asesinados, miles de presos y cesanteados, decenas de miles de exiliados, representan la cúspide de este terrorismo de Estado que provocó un trauma de alto alcance social, al menos para muchos de nosotros que lo consideramos de este modo.

En este cruento período de la historia reciente, compartido con otros países del Cono Sur, las dictaduras interrumpieron los procesos democráticos e impusieron sus inscripciones: desaparición de personas, clandestinidad del accionar, centralización a escala nacional del exterminio, prisión, exilio, entre otras.

En este artículo nos proponemos detenernos justamente en el último de los tópicos citados, analizando los exilios políticos de algunos intelectuales argentinos para reflexionar sobre la producción literaria como vector de memoria.

Compartimos que se asiste a un “boom memorialístico” que ha sido explicado por numerosos investigadores y del que Argentina no ha sido una excepción (Huysen, 2002; Traverso, 2012); todo lo contrario: la incansable lucha de los organismos de Derechos Humanos en la búsqueda de verdad, justicia y memoria ha puesto en escena la necesidad de transitar y elaborar estrategias para comprender este pasado traumático *que no pasa* (Rousso, 1990; Conan y Rousso, 1996). Hemos observado disputas de memorias y ciclos de políticas de memorias que con lógicas antagónicas signaron esta trayectoria, recorrida con significativos avances y retrocesos, en la cual emergieron algunos proyectos de reconstrucción que apelaron a dar vuelta la página del pasado reciente, mientras que

otros reclamaron la búsqueda de verdad, justicia y memoria como condición inexorable para poder elaborar las heridas de un pasado ominoso y lograr reconstruir los lazos sociales. (Lvovich, Bisquert, 2008)

Han transcurrido más de 30 años y, si bien mucho se ha logrado en este sentido, son demasiadas las tensiones que aún quedan latentes. Las nuevas políticas públicas de memoria inauguradas en 2003 prometen -y se comprometen - a terminar con los silenciamientos y las impunidades; sin embargo, las asignaturas pendientes son múltiples.

Entre ellas existe un tema que sigue siendo de difícil tratamiento: la memoria pública del exilio. Curiosamente, en una coyuntura en la cual la exhibición pública del recuerdo de los setenta resulta abrumadora, parece que sigue “siendo políticamente incorrecto hablar de exilio” (Jensen, 2011), en tanto su inscripción en las memorias sobre el pasado reciente de los argentinos continúa enfrentando numerosos obstáculos, o al menos así lo plantean quienes vivieron el exilio en aquellos años.

Los trabajos que estudian el tema del exilio siguen demostrando que es un problema legado de la última dictadura y que los argentinos no están dispuestos o no han podido encarar seriamente. Las razones son variadas, sin embargo se puede observar que han desatado profundos debates entre los propios exiliados, quienes deben lidiar con una memoria impuesta por la propia dictadura y así también con las características propias del exilio y el desexilio argentino. No obstante últimamente podemos observar algunos avances en la producción de jóvenes historiadores que, en clave generacional y con los aportes teóricos y metodológicos del campo de estudios de la historia reciente, empezaron a transitar el tema (Jensen, 2011; Franco, 2010, Lastra, 2012). Debemos señalar que los primeros abordajes del exilio fueron los provenientes del campo de la Literatura, los que tuvieron una amplia circulación y demostraron la importancia de la temática. Trabajos que no estuvieron libres de tensiones. Los debates, las polémicas entre los intelectuales y académicos signaron la trayectoria de la producción que demandó precisiones conceptuales y de importantes estudios empíricos que las pusieron a prueba.

Ahora bien, el objetivo de esta intervención realiza un recorte peculiar para analizar la producción literaria de autores que, viviendo el exilio, escriben sobre la expatriación con una particularidad especial. Son escritores argentinos judíos que, obligados a vivir el destierro, recuperan una larga memoria heredada de los exilios de sus antepasados. Nuevamente -y cien años después- estos intelectuales son obligados a emigrar por otros regímenes autoritarios para desandar el duro camino del destierro. En todos los casos, los autores que se seleccionan en este estudio recuerdan un éxodo anterior: la expulsión de la Rusia zarista en las postrimerías del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando los

pogroms y una serie de leyes restrictivas hicieron imposible la vida de estos judíos en la Europa del Este, obligándolos a buscar nuevas tierras y nuevos cielos para preservar la vida y la libertad. En estos textos los trabajos de las memorias recuperan la experiencia de los judíos asquenazíes que llegaron a Argentina contando con el apoyo del barón de Hirsch y la recientemente creada compañía colonizadora la Jewish Colonization Association (JCA), los cuales dan cuenta de una vivencia plagada de dolor –que fue curiosamente reprimida- para poner en marcha una experiencia condensadora de múltiples sentidos, como hemos demostrado en estudios anteriores (Flier, 2011).

Si bien el corpus elegido para esta presentación es acotado, lo considero altamente representativo de una serie de problemas que pretendo revisar, en tanto describen fenómenos históricos y sociales que nos inducen a realizar nuevas preguntas, acciones inherentes al trabajo científico del historiador. De este modo nos obligan a volver a visitar, por un lado, la relación entre Literatura e Historia, y por otro, los vínculos entre la Literatura y los trabajos de la memoria, en ambos casos con el fin de escribir una Historia Social de los exilios latinoamericanos que se nutre y enriquece con estos aportes.

Es imprescindible señalar que al analizar el tema de los exilios se nos presenta el lazo indisoluble entre memoria e identidad. La *vividura* del exilio induce a los escritores a reflexionar sobre los elementos constitutivos de un “nosotros” y “los otros”; sobre la construcción de la Nación y los problemas vinculados a la asimilación y la integración; a las formas, modos, ritmos y alcances de la integración a las naciones latinoamericanas, que fueron pobladas también por heterogéneos grupos de inmigrantes. La experiencia de vivir en el “fuera del lugar” los impulsa a formular preguntas más profundas sobre la propia construcción de un “nosotros nacional”, a visitar los modos de la formación de las identidades nacionales y a poner en escena las pugnas en torno a la elaboración del imaginario nacional.

Estas tareas de introspección ponen de manifiesto los trabajos de las memorias: activaciones que recuperan memorias subterráneas y así demuestran cómo las memorias hegemónicas relegaron a otras experiencias que, signadas por la violencia y el desarraigo, anunciaban un camino peligroso de intolerancias, las cuales estallarían en los diversos acontecimientos históricos cada vez más violentos que caracterizaron al siglo XX. Estos exilios latinoamericanos de finales del siglo XX desandan también las genealogías de otras expatriaciones, y vuelven a poner en el escenario un pasado violento, autoritario y xenófobo que cíclicamente retorna y asola a los distintos grupos sociales.

El exilio político - el exilio literario

Inicialmente las definiciones intentaron desentrañar y distinguir entre inmigración y exilio, denotando a este último cuando las condiciones de las migraciones son motivadas fundamentalmente por razones políticas. Sin embargo, la cuestión no se agota allí y se abre como un retablo que ha sido necesario describir y precisar teórica y empíricamente. (Falcón, 2012; De Diego, 2003, Jitrik, 1978).

Cuando son las causas políticas las que impiden a los escritores vivir en su propio país y los conducen al desarraigo se lo describe como exilio literario, sin que sea una denominación exhaustiva y excluyente. Por lo tanto se ha recurrido a una descripción más cómoda: definirlo como exilio cultural -designación discutible pero mayoritariamente utilizada por los estudiosos del campo- que debería ser entendido como el exilio impuesto, en particular, por la situación en que se encuentra la producción del libro y la acogida por el público lector. Sin embargo, se necesita una segunda precisión: la literatura del exilio conlleva un doble sentido. Es la literatura de los autores -en su mayoría exiliados- que tratan en sus obras el tema del exilio y, en un sentido más amplio, es toda la literatura – hable o no del exilio- producida por escritores desterrados. De modo que se podría volver a distinguir entre literatura *del* exilio -la que habla del exilio- y literatura *en* el exilio -la que se escribe en el exilio-. (Cymerman, 1993)

Otras aproximaciones advierten también sobre la necesidad de denominarlas *escrituras del exilio*, puesto que se considera que hay algo en el trabajo de la escritura, en el deslizamiento escriturario, que se relaciona intrínsecamente con la situación de exilio. (Bocchino, 2005)

Aunque la cantidad de escritores argentinos o latinoamericanos que partieron al exilio sigue siendo imprecisa, no hay dudas de que la literatura argentina fue la que pagó mayor precio a las dictaduras. Algunos estudios generales sobre exilios señalan que el argentino fue el grupo más numeroso de ese colectivo latinoamericano que emigró en los años setenta y ochenta del siglo pasado, integrado por muchos autores afamados que no dejaron de escribir en el exilio tanto en tierras americanas como europeas (Cymerman, 1993). De entre un número aproximado de 25 escritores argentinos elijo enfocar el análisis en dos autores argentinos judíos, Alicia Dujovne Ortiz y Arnoldo Liberman, quienes, en su condición de “otros” en la vieja Europa, son paradigmáticos de la modalidad que adquirió esta literatura. Una escritura que recurre a la clave autobiográfica con incorporación de elementos de la ficción, a los temas de la identidad y la otredad, de la nacionalidad y la etnicidad, delineando un rasgo singular de la recuperación del pasado a través de la reconstrucción de la saga familiar.

Estos autores cuentan sus historias familiares con una pluma brillante, y en ellas se describen los modos en que se fueron tramando -luego de los exilios- los procesos de integración y asimilación de sus antepasados en el suelo latinoamericano. Historias familiares que se enraízan en la construcción de las nacientes naciones sudamericanas y en los procesos necesarios para la adopción de una ciudadanía plena, la que ha sido vuelta a conculcar dado que, una vez más, la violencia y el autoritarismo los conduce al exilio, para volver a desandar un conocido camino que forma parte de su memoria colectiva.

En estas búsquedas hay varios tópicos que llaman poderosamente la atención. En primer lugar, la detección de una historia familiar que es entendida y sentida como no integrante de una historia nacional. Es la historia de un “nosotros” que se diferencia de la historia de los “otros”.

En segundo lugar, pone en escena un proceso inmigratorio que se distingue de otros colectivos migrantes. Los judíos no vinieron a tierras americanas para “hacer la América”, de modo que el imperativo central de la migración no respondió a una búsqueda de mejores oportunidades económicas sino que se trató de una salida forzada que impidió pensar en la posibilidad de un retorno al suelo natal. Esta característica demuestra la necesidad -y brinda la posibilidad- de volver a estudiar al fenómeno migratorio del siglo XIX y principios del siglo XX en Argentina, para revisar las interpretaciones tradicionales del campo historiográfico a partir de incorporar matices que pueden ser mucho más polifónicos y enriquecedores de la historia poblacional argentina.

En tercer lugar, al incorporar las voces de las memorias, estos textos literarios incitan a estudiar y a recobrar las disputas de las memorias, a historiar la construcción de las memorias colectivas hegemónicas, a recuperar las subterráneas, o las silenciadas, entre otros tópicos. También permiten poner en tensión las representaciones cristalizadas o las producciones historiográficas tradicionales que desplazaron u ocluyeron otras voces que demandaban interpretaciones más ajustadas a los verdaderos procesos históricos de la experiencia de la colonización judía en nuestro país.

Los autores

Alicia Dujovne

Alicia Dujovne Ortiz se cría en un ambiente intelectual porteño: es hija de Carlos Dujovne, un conocido militante comunista fundador de *Problemas*, una editorial comunista, y de la escritora Alicia Ortiz; es nieta de Samuel Dujovne, un inmigrante judío asquenazi de Besarabia que llegó a las colonias agrarias del barón de Hirsch en Entre Ríos. Alicia se fue

de Argentina en 1978 rumbo a París, siendo una periodista conocida por sus reportajes culturales en *La Opinión* y autora de dos libros de poesía y dos de cuentos, de filiación imaginativa y surrealista. Narró su destierro con estas palabras:

“Nunca me declaré exiliada política ni pedí asilo en Francia. Siempre dije con franqueza que me había ido de Argentina porque no soportaba la Dictadura (trabajaba en el diario La Opinión, cuyo director Timmermann, había sido secuestrado) y también porque tenía ganas de probar fortuna en París. Pero todo extranjero que se va de un país pobre y conflictivo a uno rico y tranquilo es un exiliado. Hemingway y Gertrude Stein no eran exiliados. Yo salvando las distancias, sí, porque cuando me moría de hambre en París mi hija adolescente no tenía como volver sobre mis pasos” (Rocha, 2003).

Los estudios especializados sobre escritores del exilio incluyen a esta autora y su producción literaria para explicar las etapas de la escritura exilar. Como bien explica Noguero Jiméñez, una vez que finalizó la dictadura, cuando los textos de emergencia¹ dieron paso a la reflexión sobre las razones que llevaron a la misma, muchos autores sintieron el deseo de indagar en la Historia (Noguero Jiméñez, 2013). De este modo continuaban vinculados a la patria perdida y evitaban el desarraigo, retomando algunos mitos y figuras simbólicas de la argentinidad: el fútbol, el tango y el peronismo. Alicia Dujovne escribió tres libros sobre mitos argentinos: *Maradona soy yo* (1994), *Eva Perón. La biografía* (1996) y *Mireya* (1998)².

Cuando los años empiezan a pasar y las imágenes del suelo natal se vuelven más difusas aparecen los estudios anclados en la larga memoria. Con el transcurrir del tiempo, los recuerdos del país de origen se van difuminando. Ante esta situación, los narradores trasterrados emprenden la tarea de recuperar su pasado en un ejercicio a medio camino

¹ Noguero señala que después de recorrer más de doscientas obras sobre la literatura del exilio puede establecer etapas en la escritura de la historia, que van desde unos primeros textos marcados por el testimonio y el género negro, contemporáneos en muchos casos de los sucesos denunciados, al discurso alegórico, la poética del cuerpo y la revisión de los mitos argentinos predominantes en los ochentas y noventas, y, finalmente, el privilegio de la memoria, el acercamiento a la saga familiar y a la autoficción, fundamentales en la narrativa de los últimos años.

² “Me di cuenta de que como muchos argentinos de la clase educada, había ignorado la riqueza del fenómeno cultural de mi país. Comencé a darme cuenta del misterio de la cultura popular argentina y de los personajes fascinantes que existían en nuestro medio. Entonces comenzó mi interés por el fútbol, el peronismo y el tango, tres de los fenómenos que más definen la idiosincrasia argentina”. En: Raíces de gitana: Entrevista con Alicia Dujovne Ortiz por Gwendolyn Díaz, <http://www.resonancias.org/content/read/414/raices-de-gitana-entrevista-con-alicia-dujovne-ortiz-por-gwendolyn-diaz/>

entre la autobiografía y la autoficción, en el que la reconstrucción de la saga familiar cobra enorme relevancia.

“El árbol de la Gitana es una novela de exilio. Me la fui armando y coseteando una colcha colorida hecha de retazos distintos. Tenía como frío, necesitaba abrigarme con leyendas de familia. Estaba en tierra extranjera, quién era ni de dónde venía, necesitaba entender por qué mis antepasados habían elegido la Argentina y yo había desandado caminos. Si, el exilio es el tema de nuestro tiempo”. (Rocha, entrevista 2003)

La idea de indagar en su pasado se fue transformando en obsesión, y la memoria - real o imaginaria- fue reemplazando al territorio perdido. En Francia, Dujovne termina de escribir su tercera novela, *El árbol de la gitana*. Iniciada varios años atrás y titulada en principio *Vamos a Vladivostok*, fue publicada primero en Francia en 1991 y luego en Buenos Aires y Madrid en 1998, y constituye –según explica Nora Glickman- un fresco histórico que recompone fragmentos dispersos de sus raíces familiares.

En palabras de Dujovne:

“Es la escritura del exilio, que es otra esquina donde trato de darle un sentido a la fragmentación de mi vida y hablo descaradamente en primera persona. No es autobiografía, es autoficción, porque la elección de las historias que cuento apuntan a algo. No hay una palabra sobre la vida afectiva, ni sobre la vida real del trabajo. Hay una repetición de historias que tiene que ver con escombros, con fracturas.” (Larre Borges, reportaje 1997)

Se repiten sensaciones y vivencias: fractura, escombros, retazos. Recurre a la reconstrucción del árbol genealógico para desentrañar el laberinto de sus propias raíces, y en estas búsquedas en el pasado recrea la historia, la pérdida del territorio, las errancias, los recuerdos difusos que vuelven y se hacen carne en nuevas experiencias. Alicia Dujovne vive su exilio y revive el de sus abuelos judíos, y puede reconocer el dolor de la pérdida del hogar y del país al que no se regresará. Aun si pudiera regresar tampoco sería ya su país...

El *Árbol de la gitana* es una novela histórica en la cual la escritora realiza una documentada reconstrucción. Es muy hábil en recuperar memorias heredadas -las que fueron transmitidas de generación en generación- y en recurrir a las memorias vividas y a otros tipos de conocimientos adquiridos, con los que juega libremente; reitera vivencias y ausencias fragmentadas, pérdidas de todo tipo, las desgracias que se reconstruyen en misiones y deberes, y sabe leer en los usos del olvido, en los silencios escondidos (Pollak,

2006). Todo está enriquecido porque también realiza un trabajo heurístico en archivos y bibliotecas especializadas y recurre al asesoramiento de historiadores profesionales, aunque siempre aclara que se define como escritora y no como historiadora.

Este libro es tanto una búsqueda de la identidad de la autora como también de los elementos identitarios de Argentina. Recorre desde la memoria familiar su conformación dual de descendiente de familias judías y cristianas, con la cercanía necesaria para comprender los complejos procesos identitarios en los que algunos momentos especiales o críticos tiran del hilo invisible que anida en las memorias familiares: la errancia, los silencios, los usos del olvido, la recurrencia al humor para dejar a un lado la tragedia y para reírse de uno mismo, notas que escenifican la judeidad conjuntamente con las formas de comprender el mundo de la madre cristiana, más generales o más difundidas por su peso mayoritario en la cultura nacional argentina. La autora es producto de esa hibridación: mitad judía, mitad cristiana, *“soy una mezcla de orígenes distintos que se armonizan o se pelean dentro de mí, y a todos ellos los admito”*. Aprovecha esta mixtura para que las perspectivas sean más ricas y poder así disfrutar de una sensibilidad abierta que le otorga la posibilidad de captar los matices. Reconoce que en esta novela encontró su identidad judía³, pero a medias; que lo judío la conmueve de manera especial, pero no única...

“Me precio de que mis raíces sigan sueltas: será doloroso pero otorga una mirada notablemente menos estrecha” (Rocha, 2003)

Sus escrituras narran la experiencia de la vida en las colonias judías de sus abuelos Samuel y Sara y los avatares de las migraciones de los Ortiz, sus antepasados maternos, quienes perdieron sus tierras y se fueron a Buenos Aires. Dos colectivos sociales que narran pedazos de la historia de Entre Ríos. De su abuela materna recibió la lengua parlante, y de su abuela paterna la lengua gustadora del *gefilte fish*, componentes esenciales para formar esta identidad mixta.

Estoy convencida de que en la memoria heredada a través de los relatos de su padre Carlos, este texto se convierte en una invitación a profundizar en aspectos poco conocidos de la experiencia colonizadora en nuestro país. El *Árbol de la gitana* es un lugar de memoria, si seguimos a Pierre Norá. Su escritura llega en momentos en los cuales el “boom memorialístico” es la nota dominante y seguramente obedece a las fracturas de

³ “El apellido “Dujovne”, explica, significa “espiritual”. Durante siglos mis antepasados jasídicos de Besarabia practicaron la profesión de maestros y se dedicaron al espíritu. De ese mundo descendo yo” En: Nora Glikman, *Andando se hace caminos*, p.383.

tiempo de fines de siglo XX, producto del declive de la experiencia transmitida, en un mundo que ha perdido sus referencias, ha sido desfigurado por la violencia y atomizado por un sistema social que borra las tradiciones y fragmenta las existencias. (Traverso, 2007)

Alicia Dujovne Ortiz es muy clara en este sentido. Continúa sus búsquedas en otro texto titulado *El camarada Carlos. Itinerario de un enviado secreto*, en el que reconstruye la vida de su padre Carlos, un hijo de las colonias judías y, como señalamos, ferviente militante del Partido Comunista argentino:

“Ochenta y dos años después, 15 de octubre de 2005, zarpo del aeropuerto de París, donde vivo desde 1978, rumbo a Moldavia o Besarabia. He invertido a mi vez el viaje de mis abuelos y perpetuando la tendencia a cambiar de tierra. Las razones para partir también se reproducen. 1978 no es una fecha casual en Argentina: tiempos de dictadura militar, tiempos de exilio”. (Dujovne Ortiz, 2007, p. 33)

Arnoldo Liberman

Nació en Concepción del Uruguay (Entre Ríos) en 1933, muy cerca de la aldea Sonenfeld de Colonia Clara -una de las 16 colonias judías establecidas en Argentina por la compañía colonizadora del barón de Hirsch, en la cual se asentaron sus abuelos-, ciudad que debió abandonar para cursar los estudios universitarios en Buenos Aires, donde se recibió de médico psiquiatra. Junto a una brillante carrera en su especialidad -integró los equipos profesionales del emblemático Lanús, servicio de Psicopatología del Hospital de Lanús- (Visacovsky, 2003) su vida estuvo impregnada de literatura. Fue cofundador de la revista cultural *El grillo de papel*, adicto lector, estudioso empedernido de los grandes pensadores, amante de la poesía, la música y la cultura en general. Su profusa producción literaria es intensa -como él mismo- y explícitamente autobiográfica. Su obra es un *collage*, con secuencias fragmentarias donde se dan cita intelectuales y artistas de todo el mundo y con los cuales dialoga; además, en todos sus escritos están presentes los fragmentos de trasmisión, breves piezas que se encadenan para describir su propia condición de exiliado judeoargentino.

Liberman se interroga por la identidad violentada, el destierro, el exilio, el éxodo desde un presente que vive el terror del olvido, por una memoria obstinada que no sólo es memoria sino también historia desgarrada de Occidente. Larga historia que es narrada desde la experiencia transmitida por la *bobe* desterrada de la Rusia zarista, desde el impacto del

nacimiento y desarrollo del nazismo, del Holocausto, y desde la última dictadura en Argentina: historia de un sobreviviente que asume el deber de la memoria y de la transmisión.

Sus compromisos intelectuales recorren diversos temas, pero seguramente el de mayor gravitación es su abordaje de la identidad: “Como buen judío padezco de una insistente interrogación ontológica sobre mi identidad y, como buen argentino, mi obstinada lealtad a mi país y mi sentimiento de integración nunca desmentido”, escribe en su último libro editado en Madrid, lugar donde vive desde que el terrorismo de Estado lo obligó al exilio, quizás en una fecha redonda al transcurrir 30 años de la dictadura (p.33). *Éxodo y exilio. Saldos y retazos de una identidad* es un nuevo texto que tiene como antecedentes otras obras de Liberman: *Grietas como templo: biografía de una identidad* (1984) y *La fascinación de la mentira* (2007), en las que se iniciaron sus búsquedas sobre la identidad desde la pregunta sobre qué es ser judío. A partir de ella fue delineando otras aproximaciones más complejas y valorativas, en las que proclama “es difícil ser judío”, a lo que agrega otra variante: “es difícil ser argentino”.

En este intelectual habita la historia del pueblo judío, la memoria transmitida de lágrimas que provienen de algún gueto ucraniano o de cierto antepasado humillado por los cosacos en un *shtetl* de alguna aldea de la Rusia Blanca, la experiencia de los gauchos judíos de Sonenfeld, de la Alemania de Hitler, del Holocausto (*Shoá* es la mejor definición, sostiene Liberman), de la dictadura.

Estando exiliado recordaba insistentemente a su abuela, la *bobe* comunista rusa a quien la revuelta de 1905 obligó a marchar al exilio; la misma que, asentada en Entre Ríos, encendía velas para las fiestas judías y le repetía “*Acordáte de Moisés sin olvidar al general San Martín*” (p.82), palabras que fueron para Arnoldo una máxima de vida:

“Yo era un argentino de raigambre europea y criolla (abuelos y padres venidos de la Rusia de los zares, exactamente de Ucrania, y madre nacida en Argentina), con la sangre transitada por dos vertientes y con mi cuerpo como campo de batalla de mis esforzados intentos por ser la suma de esas dos vertiente. Por eso, claro yo era el emergente de esa cupla que mi *bobe* me indicaba: Moisés y San Martín. Esa singular pareja había marcado a fuego mi infancia, y yo –que quería rescatarlo todo, el pesado relleno y el asado con cuero, el *fréilaj* y el tango, el Día del Perdón y el Día de la Independencia, las anécdotas contestarias de mi *bobe* y la historia de mis próceres argentinos que liberaban a los pueblos de Chile y Perú”. (p.83).

Ese tiempo de infancia en el que transcurrían los días de todos los niños argentinos presentaba una aparente homogeneidad, mas subyacían pruebas incuestionables que ese *como todos* no era más que una ilusión de adolescente. *“Yo era un gaucho pero mis espuelas estaban hechas con la Estrella de David. Yo era como todos pero todos no era como yo”*.⁴

El 25 de mayo de 1976 decide marcharse al exilio. En horas avanzadas de la noche un Ford Falcon verde se detuvo frente a su domicilio. Esa noche el “grupo de tareas” no lo buscó a él, sino que avanzó hacia otro piso del edificio, pero Liberman supo que había llegado el momento de partir. “Un subversivo, un psicoanalista, un niño judío entrerriano transformado. Caprichosamente, en ciudadano de primera. Se trataba sólo de caminar, kilómetros y kilómetros. Nos acompañaba la música de *El ocaso de los dioses* de Wagner.” (p.101)

La congoja lo acompañaba, pero también la experiencia de muchos judíos europeos, quienes frente al avance del nazismo se debatían entre permanecer en su país o marcharse para salvar sus vidas. Eran demasiadas las historias que le demostraban que permanecer significaba la muerte. La *shoah*, los seis millones de judíos muertos, era una evidencia radical. Liberman explica:

“Tuve que abandonar aquel paraíso (que en tantos momentos de mi vida actual reaparece nostálgicamente) porque los asesinos criollos de la identidad habían decidido que yo, como tantos, era candidato a desaparecido. No me fui de Argentina. Como a nuestro primer padre, me expulsaron” (p. .236)

Y se pregunta:

“y ¿no es lógico que una experiencia de estas características volviera a potenciar mis sentimientos judíos, nuevamente víctima de una historia desgarrada, nuevamente exiliado, nuevamente corchea al viento de la historia? ¿Otra vez debía subirme al carguero alemán *Wesser*, como en 1889 lo había hecho mis abuelos, llegando al puerto de Buenos Aires desde Ucrania, mientras yo hacía el viaje de regreso a Europa, mi familia en otro barco línea Federico C (...)

⁴ “En mi casa flameaba la bandera argentina en todas las efemérides patrias, pero grupos de exaltados pasaban frente a nuestra puerta gritando consignas antijudías, tanto frente a la farmacia de mi madre como ante nuestro hogar, cercano uno de otro. Yo debía crearme a mí mismo, en respuesta a dichas consignas pero sin traicionar la patria presente y mis amigos de infancia. Créanme, aun siento en el esternón aquellos gritos, aquella humillación, aquel temor” (p.83)

Evidentemente los argentinos descendemos de los barcos ¿Quién era yo, un argentino excomulgado de su patria o otro más inmigrantes que la Jewish Colonization Association recogía para intentar otorgarle un mundo de paz y concordia?” (p.237)

El otro exilio, el anterior

Finalmente, estas preguntas que se realiza el escritor son las que nos llevan al pasado, a la experiencia colonizadora de los judíos en Argentina. Los habitantes de estas colonias fueron producto de la intolerancia racial y religiosa que los expulsó de la Rusia zarista. Los judíos se convirtieron en migrantes cuando comenzaron a huir de los pogroms⁵ y las discriminaciones violentas y legales que se distribuyeron sistemáticamente por todo el territorio del Imperio Ruso. La discriminación y la xenofobia se reforzaron en una espiral interminable. Las llamadas Leyes de Mayo o Edictos Temporarios, promulgadas en mayo de 1882, restablecieron la Zona de Residencia. Aun dentro de la misma, se les prohibió asentarse en las afueras de ciudades y pueblos, adquirir tierras en zonas rurales y realizar negocios en domingos y días feriados para el cristianismo. Aquellos que residían en zonas urbanas no tuvieron otra alternativa que permanecer en las mismas, y quienes vivían en zonas rurales fueron forzados a trasladarse a las primeras. El territorio en el cual podían legalmente residir se redujo en un 90%. De esta manera, quedaron encerrados en una gigantesca prisión, en ese extraño y vasto gueto llamado Zona de Residencia que se componía de ciudades y villorrios de una serie de gobernaciones y provincias de Ucrania, Lituania, Wohlinia, Polonia y Rusia Blanca⁶. El resto del gigantesco imperio quedó vedado

⁵ De acuerdo con la definición brindada por la Enciclopedia Judaica Castellana, “la palabra rusa pogrom significa alboroto, tumulto, disturbio, se emplea en otros idiomas para designar los violentos ataques a los judíos”. Enciclopedia Judaica Castellana, México, 1950, p. 475. Otros autores prefieren resaltar su significado en ruso: “como un rayo”.

⁶ La suma de estas restricciones condujo a que el censo de 1897 reportara que, de 5.215.805 judíos, el 94% habitaba en la Zona de Residencia, el 80% de ellos en zonas urbanas, representando el 38% de la población urbana de dicha región.

para ellos (Mendelson, 1939). La población judía, atemorizada por la violencia y las nuevas restricciones, comenzó a buscar la manera de salir del territorio ruso.

Una de las posibilidades fue el proyecto del barón Mauricio de Hirsch, que ofrecía convertirlos en colonos agricultores en las pampas argentinas, para lo cual creó una empresa colonizadora -Jewish Colonization Association- que establecía estrictas condiciones a las que debían atenerse aquellos hombres y mujeres que accedieran a formar parte del contingente inmigratorio que se trasladaría a América. Si el propósito de Hirsch fue salvar de los pogroms a los judíos de Rusia, la misión de los migrantes fue convertirse en agricultores, redimidos por el trabajo de la tierra, y construir un espacio de acogida no sólo para ellos y sus familias, sino para todos los hermanos judíos oprimidos por la Europa xenófoba que se veían obligados a partir al exilio.

Esos judíos trasterrados, ahora asentados en una tierra fértil pero virgen, tuvieron que dejar en el olvido o en silencio las marcas de las pérdidas y del exilio, para abocarse a la construcción de una experiencia colonizadora que es recordada desde la literatura canónica como una gesta heroica, y desde la memoria de los colonos como un desafío trascendente, plagado de infortunios, pero también de pequeñas y maravillosas realizaciones.

Argentina se ofrecía como una “tierra prometida”, un lugar donde se podría vivir en libertad y con múltiples oportunidades: posibilidades de inserción, integración, educación, ascenso social. Pero cien años después el ciclo volvió a comenzar; nuevamente desandar el camino de los antepasados, una vez más el exilio.

A modo de cierre o de apertura

Podríamos finalizar señalando –como lo han sostenido destacados intelectuales- que se puede escribir la historia contemporánea tomando como ángulo de observación a los exilios, aseveración que nos coloca ante una encrucijada interesante y movilizadora a los historiadores comprometidos en tratar de entender las razones por las cuales el abordaje

de este tema ha costado tanto. ¿Qué hay detrás -o delante- de este hecho que dificulta tanto explicarlo? ¿Qué motivos de peso han obturado su tratamiento? ¿Es el tema en sí mismo o es el quehacer del historiador, que requirió de nuevos marcos teóricos y metodológicos para poder explicar los problemas de los pasados traumáticos que nos interpelan como seres humanos, como ciudadanos, como historiadores?

Estoy convencida de que los desafíos planteados al tratar de comprender el pasado reciente signado por el horror nos hicieron enriquecer nuestra “caja de herramientas” para comprometernos en una faena que es más plural, encarada con un enfoque multidisciplinario o interdisciplinario, integrando mejores instrumentos metodológicos, lo que nos permitirá escribir la Historia de la mejor manera posible; la Historia que se constituye (o queremos que así sea) en un diálogo y una escucha atenta a las demandas e interpelaciones que ese pasado le formula al presente, por lo cual dejamos de concebirlo como cerrado, finalizado. (Pittaluga, 2010). Una historia social que encuentra nuevas formas de mirar hacia atrás, no para encontrar un sentido, sino para recuperar su diversidad de sentidos, escrita con rigurosidad interpretativa por historiadores que consideren que tanto la sensibilidad como la criticidad deben ser las notas dominantes que acompañen su ruta.

Y allí se erige la Literatura. Este fecundo campo de la producción intelectual que nos permite recuperar las subjetividades de los actores y recobrar los trazos más difíciles de asir sobre las formas de comprender el mundo y los sentimientos que provocan las experiencias traumáticas de los diferentes colectivos condenados al exilio. Sabemos que la narrativa aporta matices significativos a la conformación de una memoria colectiva y por supuesto, interesantes polifonías interpretativas para la reconstrucción del pasado.

Podemos recurrir a Beatriz Sarlo quien nos advierte que “la literatura no puede ser leída haciendo abstracción de su régimen estético, y esto quiere decir que el historiador no debe leerla sólo como depósito de contenidos e informaciones (...) “la literatura dice algo respecto de lo social en dimensiones que no son exclusivamente las explícitas”. “La

literatura ofrece mucho más que una representación del mundo social” (...) La literatura puede ofrecer modelos según los cuáles una sociedad piensa sus conflictos, ocluyo o muestra sus problemas, juzga a las diferencias culturales, se coloca frente a su pasado o imagina su futuro” (Sarlo, 1991).

De modo que al acudir a la escritura del exilio nos permite describir a este objeto poliédrico (Jensen, 2004) y comprender algunas de las escalas que lo impactan e involucran. En primer lugar, en la esfera de lo personal, lo familiar, del ámbito privado que tiene que ver con el desafío para sus protagonistas de reconstruir la propia rutina y su propia vida en tierras extrañas; también una segunda dimensión, la experiencia colectiva, lo nacional y lo étnico o comunitario.

Estas dimensiones adquieren notas específicas en los exiliados judíos argentinos y latinoamericanos. Esta expatriación recupera la larga memoria de la diáspora, la larga memoria colectiva del pueblo judío, las expulsiones de los antepasados que son revisitadas y revividas por los descendientes que fueron nuevamente expulsados del país en el que habían contribuido a forjar la identidad nacional. Se recobra la dimensión de las enormes dificultades que imponen el exilio: el desarraigo, las pérdidas, las fracturas, los dolores y los silencios, entre otras tantas. Son trabajos de reflexión que ponen también en tensión la imagen de la homogénea identidad nacional y de una memoria colectiva nacional para recobrar el pluralismo cultural y las especificidades de los imaginarios y memorias de los distintos grupos sociales.

Ángulos que trascienden las fronteras nacionales y que pueden ser comparados con las expresiones literarias del exilio de autores judíos latinoamericanos del Cono Sur, que - como bien señala Leonardo Senkman el corpus de la producción está todavía en construcción⁷- sin embargo los avances que se han realizado en este sentido brindan

⁷ Leonardo Senkman señalaba que: “Aún está por hacerse el análisis del corpus literario producido durante y luego del terrorismo de estado argentino desde el exilio exterior o interior. En este corpus se desataca un importante conjunto de autores judeoargentinos que escribieron textos “en estado de memoria”. A título sólo enunciativo, ver el ciclo de las novelas de la memoria de Pedro Orgambide *El arrabal del mundo, Hacer la América y Pura Memoria*; Arnoldo Liberman, *Grietas como templos. Biografía de una identidad*; Humberto

pistas más que significativas de los aportes de la literatura para la comprensión de la experiencia exiliar y los trabajos de la memoria (Senkman; 2000). La producción intelectual de Ana Vásquez Bronfman es claro ejemplo de lo expuesto. Un texto con importante circulación entre los estudiosos de este tema es *“La maldición de Ulises: repercusiones psicológicas del exilio”* escrito en co- autoría su colega paraguaya Ana María Araujo, el que fue editado en 1988 ,fue el producto de un trabajo de investigación académico en las que se proponen describir con las herramientas metodológicas de la etno- psicología la vida y psique de sus compatriotas y las distintas etapas por las atraviesa la experiencia exiliar: el trauma inicial, el proceso de transculturación y finalmente la etapa creada por la formación de mitos, recobrando y resaltando la dimensión humana y subjetiva más que los datos estadísticos. (Martín, 1999). Ahora bien, la exiliada chilena Vásquez Bronfman radicada en París, analiza también la experiencia exiliar desde producción literaria de ficción. La clave autobiográfica y la reconstrucción de la genealogía familiar se entroncan en *Las Jaulas invisibles*, donde la autora deja fluir la larga memoria de los exilios.

“Compartiendo la tragedia que en esta larga errancia nos narramos insaciablemente, los laberintos de mi pasado han ido surgiendo bajo otras luces: si no he vivido la ruptura como un drama, ha sido porque he tomado conciencia de otros exilios que ya estaban en mí, incluso antes que naciera...Exilio de mujer que se entronca, para mí, en otro más antiguo. Mi linaje es el de los rechazados, el de los perseguidos, el de los condenados a la huida....En mí se condesan las Bobes humildes y los Zheides barburdos de voz ronca, que cruzaron el océano para que por lo menos nosotros viviéramos sin miedo...Pero un exilio se injerta en otro, una desilusión demuele la otra... He descubierto que el camino de mi exilio no confluye totalmente con el de los otros, los nuestros no siempre son los míos...”.
(Vásquez, *“De rupturas y distancias”*, 1994 citado por Senkman)

Costantini, *En la noche* y su texto inédito *Rapsodia de Raquel*; Antonio Brailovsky, *Identidad*; Gerardo Mario Goloboff, *Criador de Palomas*, *La Luna que cae*, *El soñador de Smith*, *Comuna Verdad*, Sergio Chejfec, *Lenta biografía*; Ricardo Feierstein, *Mestizo*; David Viñas, *Cuerpo a Cuerpo*; Alicia Dujovne Ortiz, *L'Arbre de la Gitane*; Nora Strejilevich, *Una sola muerte numerosa*.

Claves que iluminan ciertos conflictos y desnudan los recorridos de las memorias. Esos “míos” de la autora fueron sus abuelos expulsados de Kishinev, del imperio zarista, los que pasando por la colonización agraria del Barón de Hirsch en Argentina se instalaron luego en el Santiago de Chile de principios de Siglo XX. Los nietos son ahora ciudadanos chilenos que deben volver a partir al exilio porque la dictadura pinochetista lo ha decretado. Esta nueva errancia despierta la larga memoria y provoca preguntas por la identidad. Entre otras indagaciones Ana Vásquez realiza una revisita a la historia nacional chilena, para poner en escena algunas preguntas incómoda. Se interroga sobre los alcances de esa Historia, la que fue la aprendida en el sistema formal y no formal de educación y que se expresa de múltiples maneras en el imaginario nacional, para preguntarse si en ella están integrados todos los chilenos o si en esa historia hay actores sociales y experiencias que no cuadran. Recurre y recorre historias familiares en búsqueda de la identidad, en las que se inscriben “las jaulas” como marcas y que conforman los marcos sociales que la explican.

Decíamos en páginas anteriores que se puede constatar el inicio de una nueva historiografía sobre los exilios recientes que dejan atrás el estigma de que los historiadores no podíamos contribuir a la comprensión del pasado cercano, lo que significa un salto cualitativo importante. Un minucioso rastreo de ello lo expresa el capítulo a cargo de Soledad Lastra en este mismo libro. Pero me interesa también subrayar que juntamente a esta nueva producción historiográfica se puede señalar que estas nuevas perspectivas también han contribuido a enriquecer los estudios tradicionales sobre la historia poblacional argentina, los que vuelven a ser visitados con nuevas categorías conceptuales y metodológicas que permiten rescatar pedazos de historias y de experiencias que no habían sido comprendidas ni explicadas con la diversidad de matices que las describen más cabalmente.

Bibliografía consultada

Bocchino, Adriana A. "Escritura y exilio durante la última dictadura argentina: Cuerpo a cuerpo de David Viñas y Libro de navíos y borrascas de Daniel Moyano", En *III Jornadas de historia de las Izquierdas, Exilios políticos argentinos y latinoamericanos*, Buenos Aires, CEDINCI, 2005.

Cymerman, Claude. "La literatura hispanoamericana y el exilio "En: *Revista Iberoamericana*, julio-dic.1993, nº 164-165, p. 524-550.

Conan, Eric y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París, Gallimard, 1996.

De Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones al Margen, 2003.

Dujovne Ortiz, Alicia, *Maradona soy yo*. Buenos Aires, Emecé, 1994

Dujovne Ortiz, Alicia, *Eva Perón. La Biografía*, Buenos Aires, Aguilar, 1995.

Dujovne Ortiz, Alicia, *El árbol de la gitana*, Buenos Aires, Alfaguara, 1997

Dujovne Ortiz, Alicia, *Mireya*, Buenos Aires, Alfaguara, 1998

Dujovne Ortiz, Alicia, *El camarada Carlos. Itinerario de un enviado secreto*, Buenos Aires, Aguilar, 2007.

Falcón, Alejandrina "El escritor es siempre un exiliado": el exilio entre la historia y la literatura, La Plata, FaHCE, 2012. (Mimeo)

Flier, Patricia. *Historia y memoria de la colonización judía agraria en Entre Ríos. La experiencia de Colonia Clara, 1890-1950*. Tesis de Doctorado de la FaHCE/ UNLP, 2011 (en prensa)

Franco, M. y Levín, F. (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007,

Franco, Marina, "Alguna reflexiones en torno al acto de exilio en el pasado reciente argentino", En Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco *et alt.* (comps.), *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento - Prometeo Libros, 2011,

- Glikman Nora, "Andando se hace caminos de Alicia Dujovne Ortiz" En *Revista Iberoamericana*. Vol. LXVI, Núm. 191, Abril-Junio 2000, 381-392.
- Huysen, Andrea, " Medios, política y memoria", En *Revista Puentes*, Año 1, N° 2, diciembre de 2000
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, (2002),
- Jensen, Silvina y Pablo Yankelevich (comp.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007.
- Jensen, Silvina, "Exilio e Historia Reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción", en *Aletheia*, vol. 1 n° 2, 2011.
- Jitrik, Noé "Primeros tanteos: Literatura y exilio" En: *Nueva Sociedad*", N° 35, Marzo-Abril 1978, PP. 48-55
- Larre Borges, Ana Inés, "Los mitos de la Argentina perdida, reportaje". En *Brecha*, N° 603, Montevideo, Uruguay, 1997.
- Lieberman, Arnoldo, *Grietas como Templo: biografía de una identidad*. Madrid, Altalena Editores S.A, 1984.
- Lieberman, Arnoldo, *La fascinación de la mentira*, Editorial Mila, Buenos Aires, 1989.
- Lieberman, Arnoldo, *Éxodo y exilio. Saldo y retazos de una identidad*. Madrid, Sefarad editores, 2006.
- Lvovich, D. y Bisquert, J., *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, UNGS, 2008.
- Martín, Leona, Ana Vásquez Bronfman. En: Rubio, Patricia *Escritoras Chilenas, Novela y Cuento*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1999,.
- Mendelson, José, *Génesis de la colonia Judía en la Argentina, en 50 años de colonización judía en la Argentina*, Buenos Aires, DAIA, 1939, p. 99.

Noguerol Jiménez, Francisca, "Literatura argentina trasterrada y dictadura: versiones desde el margen", En *Documentos de Trabajo*, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, 2013.

Pittaluga, Roberto, El pasado argentino: interrogaciones en torno a dos problemáticas. En: Bohoslavsky, E., Franco, M, Iglesias, M y Lvovich, D. (Compiladores) *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, Universidad Nacional General Sarmiento/Prometeo Libros, 2010.

Pollak, Michael, *Memoria, Olvido, Silencio*, La Plata, Ediciones al Margen, 2006.

Rocha Carla, "Entrevista a una gitana: Alicia Dujovne", En: *Mester*, Nº 31, Department of Spanish and Portuguese (UCLA) Los Ángeles, 2003.

Rouso, Henry, *Le syndrome de Vichy 1944-198...*, Paris, Seuil, 1987. (Coll. « XXe siècle»). 2da edición revisada y actualizada: *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, Paris, Seuil, 1990.

Sarlo, Beatriz. Literatura e Historia. En: *Boletín de Historia Social Europea*, Nº 3, La Plata, 1991.

Senkman, Leonardo, La nación imaginaria de los escritores judíos latinoamericanos, En: *Revista Iberoamericana*. Vol. LXVI, Núm. 191, Abril-Junio 2000, 279-298

Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid, Marcial Pons, 2007.

Traverso, Enzo. *El totalitarismo. Historia del un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

Traverso, Enzo *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Vásquez Bronfman, Ana. *La maldición de Ulises: repercusiones psicológicas del exilio*" Santiago de Chile, Sudamericana, 1990.

Las jaulas invisibles, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2002.

Visacovsky, Sergio E., " Pensar El Lanús, pensar la Argentina" En: *Psicoanálisis APdeBA* ,
Vol. XXV , Nº 2/3 - 2003

Yankelevich, Pablo." Exilio y dictadura", En Lida, Clara; Crespo, H. Yankelevich, P. (Comp.)
Argentina, 1976. Estudios en torno al Golpe de Estado, México, El Colegio de México,
2007.